

El domingo 22 por la tarde, estuvieron en «Villa Alta», acompañados de los señores Laffitte y Zapirain los cuatro bersolaris que tomaron parte el sábado en la función del teatro Principal.

Improvisaron algunas poesías alusivas al ilustre proscripto y personas que estaban presentes, y el señor Déroulède les gratificó espléndidamente.

*
* * *

CONCIERTO LEO DE SILKA



A los numerosos triunfos de nuestro ilustre Leo de Silka hay que agregar el del 29 de Diciembre en «Bellas Artes». Supone este concierto esfuerzo tan grande de voluntad, trabajo tan colosal, abnegación tan grande, que con haber sido estruendosas las ovaciones tributadas por el auditorio á nuestro gran artista, resulta poco pago á su imponderable labor.

Componían el programa diez obras, de las cuales solamente tres eran de un solo autor, Chopin; y dos de otro, Schubert; pero de ellas algunas como la marcha militar de Schubert y la nupcial de Mendelsshon arreglada por Liszt equivalen á una docena.

En mi humilde juicio, la ejecución del programa del concierto tiene mérito infinitamente mayor que la de otros en los que Leo de Silka ha consagrado todo su trabajo á un solo autor, porque así como el héroe de la novela más popular de Daudet decía que no hay como vivir cerca del mar para que todo le sepa á uno á salado, porque las auras del yodo todo lo impregnan, así es más facil impregnarse de Beethoven ó de Mendelsshon ó de Grieg consagrandolo á música de uno de ellos una sesión entera con todo el trabajo de preparación que supone. Lo difícil es impregnarse de músicos diferentes y dar á cada personalidad su carácter peculiar, á cada idea la expresión que la inspiró.

Y esto es lo que hizo Leo de Silka con programa tan variadísimo y por lo mismo tan difícil.

Bach, clásico puro, tiene una personalidad de un relieve poderoso, y darle éste como se le dió Leo de Silka en la Fantasía cromática y

fuga, es empresa gigantesca que sólo artistas de su talla pueden acometer; pero en la segunda parte, otro de los clásicos más puros también, Gluck iba asociado con uno de los modernistas más geniales é innovadores, Saint Saens, y destacar las dos figuras sin confundirlas, dar á cada cual lo suyo y á los dos juntos el colorido y la brillantez de la concepción, es obra de un artista que requiere algo más que la perfección del mecanismo: el chispazo del genio para asimilarse lo que otros genios concibieron, y darles vida y expresión.

Esas dos obras fueron seguramente las de más empeño para el gran pianista. Sin embargo, el auditorio se entusiasmó más con las dos marchas, la militar, de Schubert y la nupcial, de Mendelsshon, arreglada por Liszt.

Cierto que en ellas se reveló el pianista prodigioso de siempre, dominando el teclado tan pronto con movimientos de manos que más parecían saltos de gato juguetero, tan pronto con zarpazos de fiera enloquecida, arrancando torrentes de notas puras y cristalinas, cadencias inverosímiles y pasando del matiz fuerte al suave con una precisión de consumado maestro y un gusto de refinado artista; pero si grande es su mérito ejecutando con limpieza y precisión labor tan colosal, no lo es menor interpretando aquellas tres páginas de Chopin, y, sobre todo, aquellas variaciones de Schubert, dichas con imponderable delicadeza, con elegancia sin igual.

Parece mentira que las manos que ejecutaron inmediatamente después la hermosa marcha de Schubert, llena de acordes que ponen á prueba una pulsación de hierro, hicieran antes aquella labor finísima, filigranada de las variaciones, número que, con los dos citados, la fantasía de Bach y el bailable de Gluck-Saint-Saens, constituyó, á mi juicio, lo más grande de la colosal labor de Leo.

La sala estuvo llena, llenísima; no había un asiento desocupado, y las ovaciones fueron unánimes y atronadoras, como homenaje justo rendido al talento y al arte de nuestro insigne pianista.

ANGEL MARÍA CASTELL.